

José Martínez Millán,
Natalia González Heras
(coords.)

DE REINOS A NACIONES

POLÍTICA E INSTITUCIONES



Ediciones Polifemo

Madrid, 2021

La realeza en tiempos de opinión pública: las memorias íntimas de Carlos de Borbón y Austria-Este (1870-1871)

Fernando Durán López
Universidad de Cádiz

... está por escribir [...] una obra importante: una obra de historia –no de literatura– sobre los reyes en el destierro. [...] el fenómeno solo ofrece un pleno interés a partir del momento en que una mística –en el más amplio sentido de la palabra–, la de la realeza europea, comienza a ser combatida por otra mística, la mística republicana, jacobina o girondina¹.

LOS REYES DESNUDOS

La mutación de las monarquías tras la crisis del Antiguo Régimen va mucho más allá de cambios políticos, jurídicos y administrativos. Las revoluciones y las guerras napoleónicas redibujan fronteras, reemplazan o derrocan dinastías y crean repúblicas, convirtiendo la monarquía en una opción partidista subordinada al pujante concepto de nación soberana. Eso modifica la percepción de la realeza y de su identidad institucional, moral y social, y la obliga a legitimarse ante su pueblo por nuevas vías, adaptadas a la emergencia de las clases medias, mediante un paulatino aburguesamiento que ya en el siglo XXI ha completado la faena en la decena escasa de casas que siguen reinando en Europa. Esta pérdida de santidad sumerge a la realeza en una crítica y presencia constantes ante la todopoderosa opinión pública, un territorio esencialmente discursivo, donde incluso un rey necesita ser oído. Esto explica que en el XIX y principios del XX miembros de casas reales produzcan un novedoso volumen de literatura personal, dedicada a negociar su identidad consigo mismos, con sus compatriotas y con la posteridad,

¹ Jesús PABÓN: “‘No importa’ (Apuntes del Duque de Madrid sobre la última guerra carlista)”, *Revista de Estudios Políticos* 110 (marzo-abril 1960), pp. 35-36 [<http://www.cepc.gob.es/publicaciones/revistas/revistaselectronicas?IDR=3&IDN=505&IDA=8235>].

contribuyendo a la avalancha de obras autobiográficas que inunda a la literatura decimonónica².

Los casos españoles muestran aleccionadoras constantes: nacen en contextos de polémica y lucha política, proliferan en dinastías no reinantes que pugnan por mantener viva una imagen regia, o bien entre parientes periféricos al trono, centrifugados hacia los modernos circuitos de la fama y el escándalo, incompatibles con el estatuto intangible, inviolable y remoto de un soberano. La pieza más temprana es un diario llevado a cabo por Fernando VII durante vicisitudes claves de su reinado, en 1823 y 1827-1828³. Nunca se concibió para publicarse, sino como un registro privado, claramente inserto en las luchas entre liberales y absolutistas que suponen, en su caso, convertir al rey en actor político, ya a medio camino entre el monarca sagrado del absolutismo y el líder de una facción. Fernando VII es el único en este pequeño corpus que era monarca efectivo cuando escribe, aunque no ajeno a las legitimidades disputadas, que le acompañaron desde la conspiración de El Escorial en 1807 hasta el fin de su accidentado reinado. Inaugura en España la era de los reyes precarios: ni su padre Carlos IV, ni él, ni ninguno de sus sucesores hasta hoy, ha completado el ciclo natural de una monarquía: recibir pacíficamente la corona como heredero indiscutido de un rey efectivo y transferirla pacíficamente a su legítimo heredero.

El siguiente ejemplo corresponde ya a un pretendiente: las memorias y el diario personal de Carlos de Borbón y Austria-Este entre 1870 y 1871, redactados cuando se había proclamado Carlos “VII” y conspiraba para reclamar por las armas su trono, tema del presente estudio⁴. Del mismo esperanzado impulso que suscitó la III Guerra Carlista, nacen las memorias de su hermano menor

² Ángeles EZAMA: “Gil ofrece una larga lista de escritos autobiográficos de mujeres de la realeza entre 1628 y 1935”, en *La infanta Eulalia de Borbón. Vivir y contar la vida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, pp. 183-194. Véase también Fernando DURÁN LÓPEZ: *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Ollero & Ramos, 1997.

³ Fernando DE BORBÓN Y PARMA: *Diarios de viaje de Fernando VII (1823 y 1827-1828)*, Alicante, Universidad de Alicante, 2013, ed. Francisco Sevillano Calero y Emilio Soler Pascual, introd. Emilio La Parra López.

⁴ Carlos María de los Dolores BORBÓN Y DE AUSTRIA-ESTE: *Memorias y diario de Carlos VII*, Madrid, Imprenta Europa, 1957, ed. Bruno Ramos Martínez. Citaré siempre por esta edición indicando tan solo la página entre paréntesis en el caso de las *Memorias*; cuando las citas provengan del *Diario*, añadiré también la fecha a que corresponde cada anotación.

Alfonso⁵, y de la esposa de este, María de las Nieves de Braganza⁶. El protagonismo de la pareja abraza dos extremos: la conducta militar en la última contienda carlista, cuando eran jóvenes; y su rango de ancianos “reyes” tradicionalistas al recibir la corona en otra crisis nacional. En efecto, no es casual que se acumulen estas obras durante la II República, por la liberación de tabúes hacia la monarquía, pero también por la propaganda de ramas dinásticas en trance de concentrar lealtades. Los carlistas vieron una ocasión de recobrar el trono ante el hundimiento de la línea alfonsina y la radicalización de las derechas antirrepublicanas. Eso explica que en 1934 se rescatasen unas vetustas memorias de guerra del “rey”, que narraban su defensa de los Estados Pontificios como soldado sesenta años atrás: la imagen de un joven y brioso combatiente de la Fe otorgaba el aura militar que necesitaba. María de las Nieves redobla la campaña publicando sus memorias de la III Guerra Carlista, donde ella y su marido fungían como valientes luchadores de la Comunión⁷.

Por la rama alfonsina también es la II República cuando la infanta Eulalia de Borbón (1864-1958) puede escribir unas memorias que circulen en su país, una vez que su sobrino Alfonso no podía silenciarla o agraviarse, como había sucedido con obras anteriores en el extranjero⁸. Eulalia, hija menor de Isabel II, gestiona su imagen pública al modo de la fama escandalosa de la alta sociedad internacional, con la que se mezcla la realeza periférica discola. Criada en París por la revolución de 1868 –una vez más legitimidades precarias–, fue forzada a casarse con un hijo de Montpensier en 1886, pero el matrimonio se separó con revuelo en 1900, tras ostentosas aventuras extramaritales de ambos. Se fue distanciando de la Casa

⁵ Alfonso DE BORBÓN Y DE AUSTRIA-ESTE: *Mis memorias sobre la Invasión y toma de Roma por las tropas italianas, el 20 de septiembre de 1870, especialmente lo que tocó a mi compañía, la 6^a del 2^o batallón de Zuavos de Pío IX*, Madrid, Tall. Gráf. Herrera, 1934.

⁶ María de las Nieves DE BRAGANZA Y BORBÓN: *Mis memorias sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874. Primera parte. De 21 abril 1872 a 31 agosto 1873*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934; *Mis memorias sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874. Segunda parte. De 1 de septiembre de 1873 a 30 de abril de 1874*, Madrid, Espasa-Calpe, 1938 [1939 en realidad]; *Mis memorias sobre nuestra campaña en Cataluña en 1872 y 1873 y en el Centro en 1874*, Tomo III: *Del 1º de mayo al 30 de junio de 1874*, Madrid, Actas, 2002, introd. César Alcalá.

⁷ Fernando DURÁN LÓPEZ: “*Mis memorias*, de María de las Nieves de Braganza: una guerra para la Judit del siglo XIX”, *Crítica hispánica* 38/2 (2016), pp. 41-69.

⁸ Existe un documentado estudio de su obra y vida por Á. EZAMA: “Gil ofrece una larga lista de escritos...”, *op. cit.*

Real, hasta que Alfonso XIII la expulsó de ella. Su libro *Au fil de la vie*⁹, que el rey hizo prohibir en España, contenía reflexiones sociales y provocadoras proclamaciones feministas y a favor del divorcio. Poco después se publicó en inglés y en francés en 1913-1914, en revistas, una narración autobiográfica de la infanta. Por fin aparecieron sus *Memorias* en una editorial española en 1935¹⁰.

Al margen de los tortuosos detalles de esta sucesiva reescritura, interesa subrayar la vocación autobiográfica: Eulalia necesita dar su visión de la realeza europea y de su experiencia en ella, constatando la grieta existente con la evolución social. Discordancias entre aspiraciones personales y disciplina dinástica han existido siempre. La vida privada de Luis Antonio de Borbón y Farnesio, hermano de Carlos III, supuso un problema hasta que se le autorizó a una bodamorganática, pero apartándolo de la corte y privando de derechos a su estirpe. En aquella época era inimaginable que el infante hubiera asumido una postura pública. Más de un siglo después, la díscola Eulalia articulaba una relación radicalmente opuesta con el escándalo, el público y sus deberes dinásticos. De ahí brotan escritos autobiográficos que rentabilizan su celebridad, colocándola en los márgenes exteriores de la sacralidad monárquica, más menguada conforme avanzamos en el tiempo. Las monarquías modernas comprimen su círculo de protección podando las ramas secundarias que antiguamente articulaban un frondoso árbol genealógico destinado a injertarse con sus pares.

Por último, la infanta Paz de Borbón (1862-1946), hermana de la anterior, y su reverso perfecto, ejerce el papel de escritora dentro de una absoluta lealtad familiar, católica y conservadora. Casada con un príncipe de Baviera, estaba lejos de cualquier aspiración a reinar y ello le permitía dedicarse a la caridad, la familia, la oración y las letras, sin escándalo, pero con perfil bajo. Escribió libros poéticos y ensayos, de tono menor y cautelosa exposición, por lo que no tuvo reparo en imprimir en España *De mi vida*, recopilación de artículos publicados en *La Basílica*

⁹ Eulalia DE BORBÓN Y BORBÓN: *Au fil de la vie*, París, Société Française d'Imprimerie de la Librairie, 1911.

¹⁰ Seriadas entre marzo y junio de 1935 en un *Diario de Madrid* de corta vida, y pronto en libro, Eulalia DE BORBÓN Y BORBÓN: *Memorias de doña Eulalia de Borbón, ex-infanta de España (de 1861 a 1931)*, Barcelona, Editorial Juventud, 1935, pról. de Alberto Lamar Schweweyer, con numerosas reediciones, la última de 1987. Manejo la única edición crítica, Eulalia DE BORBÓN Y BORBÓN: *Memorias*, Madrid, Castalia/Instituto de la Mujer, 1991, ed. Covadonga López Alonso. Véase un detallado repaso editorial en Á. EZAMA: “Gil ofrece una larga lista de escritos...”, *op. cit.*, pp. 303-308.

Teresiana, en que anota reflexiones, estados de ánimo, anécdotas¹¹. La rareza de una infanta escritora se muestra en que el prologuillo se titule “Al pueblo español”, que enfatice la igualdad de los hijos de Dios por encima de clases sociales, pero finalmente fantasee con que el pueblo llano lea su librito para “ver lo que les cuenta aquella Infanta Paz que vive muy lejos de España, pero que está siempre allí con el pensamiento”. Imposible desprenderse de su condición. También llevó un diario personal desde 1875. En Madrid en 1935 (de nuevo) se publicaron en castellano sus *Memorias*¹²: su hijo Adalberto de Baviera había articulado linealmente el diario y la correspondencia de su madre enlazando y comentando fragmentos; testimonio de familia a dos voces, a medio camino entre la literatura personal y una biografía histórica¹³.

INTIMIDADES DE UN REY SIN CORONA

En la historia romántica del carlismo, Carlos VII representa el conjunto de todas las excelsitudes y nostalgias de una España mejor¹⁴.

Carlos María de los Dolores de Borbón y Austria-Este (Liubliana, 1848 – Varese, 1909), Carlos “VII”¹⁵, fue alma y antorcha viva del carlismo durante el

¹¹ María de la Paz DE BORBÓN Y BORBÓN: *De mi vida. Impresiones*, Madrid, Imprenta del Asilo de la Santísima Trinidad, 1909.

¹² María de la Paz DE BORBÓN Y BORBÓN: *Cuatro revoluciones e intermedios. Setenta años de mi vida. Memorias de la Infanta Paz. Comentarios del príncipe Adalberto*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935. Se había publicado en 1932 en alemán, pero la edición madrileña declara ser una ampliación traducida y revisada por la Infanta.

¹³ No he manejado los escritos personales manuscritos de las infantas Paz y Pilar de Borbón, conservados en la Biblioteca del Palacio Real, que menciona Á. EZAMA: “Gil ofrece una larga lista de escritos...”, *op. cit.*, p. 194.

¹⁴ Jaime DEL BURGO: *Bibliografía del siglo XIX. Guerra carlistas, luchas políticas*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1978, p. 177a.

¹⁵ Con las comillas quiero medir la brecha entre realidad y pretensión, aunque por comodidad y economía en lo sucesivo las omita. Para los legitimistas los símbolos y los tratamientos son más importantes incluso que para las casas reinantes, porque sin poder ni territorio solo poseen la formalidad monárquica para sentirse y ser sentidos como reyes, pero cualquier visión laica de la soberanía constata que es indivisible y únicamente la ostenta –así como sus símbolos y tratamientos– quien la ejerce, con o sin derecho. Carlos era denominado usualmente “Duque de Madrid”, el título consensual que remediaba las molestias prácticas de no poder tratársese oficialmente de rey.

último tercio del XIX, como jefe del alzamiento de 1872. En 1851 se había instalado con su familia materna en Módena. Su padre, Juan de Borbón, rechazó asumir la sucesión carlista una vez desaparecidos los dos hijos mayores de Carlos “V”, ni que lo hiciera su hijo; su abuela sí lo apoyó y, con la oposición de su madre, él se declaró rey legítimo en 1866. En 1867 se casó con Margarita de Parma; en 1868 presidió un consejo en Londres para fijar su línea política; en 1869 consiguió que su padre renunciase y publicó un manifiesto; en 1870, tras la dimisión de Ramón Cabrera, asumió personalmente la jefatura del partido; en 1872 invadió España dando comienzo a la III Guerra Carlista, que duró hasta 1876. Su derrota lo arrastró a la melancólica vida de eterno pretendiente: viajó, propagó su causa, combatió en el ejército de Carlos de Rumanía, fijó su residencia en Venecia... Tras su muerte la corona imaginaria la heredó su hijo Jaime “I”, de liderazgo mucho menos carismático.

La primera mención a los manuscritos con su diario y sus memorias pertenece al historiador liberal Pirala, en un apéndice de su *Historia contemporánea*¹⁶, donde reproduce y extracta pasajes que no quiebren la reserva y “las razones de conveniencia política”¹⁷ que dice estar obligado a observar; tras ponderar su valor histórico, reproduce la autobiografía inicial por extenso y varios extractos del diario, alternando resúmenes con citas. Fragmentos finales proceden de una sección luego no conservada. Desde entonces esos pasajes se reaprovecharon en distintos libros, en particular la biografía apologética del conde de Rodezno¹⁸, que los cita profusamente cuando no los plagia cambiando la primera persona en tercera¹⁹.

¹⁶ Antonio PIRALA: *Historia contemporánea. Anales desde 1843 hasta la conclusión de la última Guerra Civil*, Madrid, Imp. y Fund. de Manuel Tello, 1880, t. VI, pp. 589-622. Pirala no da ninguna descripción del autógrafo, que según Jaime del Burgo, le fue regalado por el propio don Carlos (J. DEL BURGO: *Bibliografía del siglo XIX...*, op. cit., p. 174b).

¹⁷ A. PIRALA: *Historia contemporánea...*, op. cit., p. 589.

¹⁸ CONDE DE RODEZNO: *Carlos VII, duque de Madrid*, Madrid, Espasa-Calpe, 1929, varias veces reeditada.

¹⁹ Véase la primera frase de ambos textos: “El día 30 de Marzo de 1848, a las seis y media de la mañana, nacía yo en una pobre fonda de Leibach, gobierno del reino de Iliria” (p. 19); “El día 30 de Marzo de 1848, a las seis y media de la mañana, y en una pobre fonda de Laybach, antiguo gobierno del reino de Iliria, nació D. Carlos de Borbón y Austria de Este” (CONDE DE RODEZNO: *Carlos VII...*, op. cit., p. 9). La fuente es Pirala y no el original: “Algunos años después escribió D. Carlos unas memorias con recuerdos de su niñez, de los que, desgraciadamente, solo fragmentos hemos podido conocer” (A. PIRALA: *Historia contemporánea...*, op. cit., p. 21).

En 1945 ingresaron en la Biblioteca Nacional²⁰ siete cuadernos manuscritos con 1.040 páginas en total: cuatro del original autógrafo y tres copiados de otra mano en Bilbao desde agosto de 1882²¹. Su dueño anterior era el bibliotecario de la Academia de la Historia y periodista carlista Guillermo Arsenio de Izaga y Ojembarrena (1885-1951), pero el propietario inicial había sido Pirala²².

Los dos primeros cuadernos –autógrafos– contienen las memorias, desde que Carlos nace hasta que, ya casado, se muda en octubre de 1867 a Graz. El *Diario* comienza el 21/X/1870 y termina el 8/IV/1871²³. Como Pirala citó fragmentos de abril y mayo de 1871, existió al menos otro cuaderno²⁴. La laguna entre octubre de 1867 y octubre de 1870 es un periodo clave: asunción de la jefatura carlista, juntas de Londres y Vevey, renuncia de su padre, enfrentamientos con Cabrera; pero mucho de ello lo narran anotaciones retrospectivas discontinuas del *Diario*, con expreso propósito de dejar registro de todo. Bruno Ramos conjectura que no hay materiales posteriores a los de Pirala, porque desde entonces el Pretendiente estuvo absorbido en la preparación y dirección de la guerra. Añado yo que este texto es ante todo la explosiva expresión de una expectativa, y que, una vez en acción y luego derrotado, dicho impulso inspirador se agota. Un rey no escribe; si Carlos lo hace es para creerse que es rey, algo que sí pudo ser, aunque en precario, cuando comandó un ejército y dominó un territorio desde Estella, entre abril de 1872 y febrero de 1876. Tras pasar de las palabras a los hechos, literalmente, la escritura perdía su virtud legítimamente y su efecto moral. Después todo fue melancolía y fracaso, decadencia y resignación: nada que contar en la corte de cartón-piedra del palacio de Loredán²⁵.

²⁰ Signatura RES/256 [Accesibles en Biblioteca Digital Hispánica: <http://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000044132> y <http://bdh.bne.es/bnesearch/detalle/bdh0000044045>].

²¹ Veáse la descripción de Jaime del Burgo (J. DEL BURGO: *Bibliografía del siglo XIX...*, *op. cit.*, p. 174b, s. v. “Carlos VII”).

²² Así lo dice Roque Pidal en el trabajo que se cita más adelante (p. V).

²³ Entre 30/XII/1870 y 15/II/1871 la redacción es doble, porque al alejarse Carlos de su esposa, ambos siguen escribiéndolo en paralelo, si bien la parte de doña Margarita es mucho más desganada

²⁴ Jaime del Burgo dice que el supuesto cuaderno VIII “lo posee don Roque Pidal” (J. DEL BURGO: *Bibliografía del siglo XIX...*, *op. cit.*, p. 174b). Véase más adelante.

²⁵ Jesús Pabón dio a conocer unos apuntes autógrafos posteriores, que don Carlos había entregado a José Suárez de Urbina, oficial de su ejército y tío carnal del historiador,

Una vez facilitado el acceso al documento íntegro, su divulgación aumentó. En 1950 Roque Pidal²⁶ empezó a publicarlo en su revista de bibliofilia²⁷. Carlos Seco Serrano fue el primero en estudiarlo, en una aduladora taracea de citas y paráfrasis que articulan el itinerario biográfico y perfil humano del autor²⁸. Por fin, en 1957 el carlista Bruno Ramos dio a luz la ya citada edición completa de los cuadernos de la Nacional, con un breve prólogo y abundantes fotos y semblanzas de personajes.

“en que había anotado, con el desorden y la precipitación inherentes a la guerra, hechos e ideas dignos de recordación” (J. PABÓN: “No importa’...”, *op. cit.*, p. 19). Son tres cuartillas escritas por ambas caras de forma apresurada y referidas a la guerra. Al principio son más expresivas y detalladas, luego se van deshilachando en frases y notas sueltas, quizá esquema de un desarrollo futuro, quizá diario de urgencia finalmente interrumpido. En cualquier caso, prueban su propensión a la escritura autotestimonial y su dificultad para colmarla tras cruzar ciertas fronteras vitales.

²⁶ Este bibliófilo asturiano murió en 1960. La edición citada es ROQUE PIDAL Y BERNALDO DE QUIRÓS: “Las mocedades de D. Carlos de Borbón a través de su Diario íntimo”, *Revista de libros y papeles viejos* II, 16 (15/II/1950), pp. I-XVI; 17 (28/II), pp. XVII-XXXII; 18 (15/IV [en realidad III]), pp. XXXIII-XLVIII; 19 (30/IV [en realidad III]), pp. XLIX-LVI; 20 (15/IV), pp. LVII-LXIV; 21 (30/IV), pp. LXV-LXXII; 22 (15/V), pp. LXXIII-LXXX; 23 (31/V), pp. LXXXI-LXXXVIII; 24 (15/VI), pp. LXXXIX-XCVI. La paginación es independiente a la de los números que las contienen y correlativa entre sí, pues de hecho la composición del texto se continúa de una a otra. La revista se interrumpió sin completar la edición. Cita Jaime del Burgo esta referencia: *Diario de Don Carlos de Borbón y Austria-Este. Copia de un manuscrito autógrafo, publicado con una introducción por D. Roque Pidal y Bernaldo de Quirós, en la “Revista de libros y papeles viejos” con el subtítulo “Las mocedades de D. Carlos de Borbón a través de su diario íntimo”*, Madrid, 1950, que parece ser una recopilación de las entregas en volumen.

²⁷ Pidal explica que “en un pintoresco lugar de tierra guipuzcoana” había hallado una “copia fragmentaria e inédita” (R. PIDAL Y BERNALDO DE QUIRÓS: “Las mocedades de D. Carlos de Borbón...”, *op. cit.*, p. I), que correspondía solo a un trimestre de 1871. El prólogo está fechado en 1948, y en una ampliación Pidal ha descubierto que el texto estaba publicado por Pirala, aunque con muchas omisiones, con lo cual decide añadir también la parte divulgada por el historiador; más adelante le franqueó su copia personal de los cuadernos entregados a la Biblioteca Nacional el anterior propietario, Izaga. Con esta sucesión acumulativa no queda claro exactamente qué parte del testimonio depende de esa otra copia hallada por Pidal. El texto aparecido antes de interrumpirse la revista llega hasta el 24 de noviembre de 1870.

²⁸ CARLOS SECO SERRANO: “Semblanza de un rey carlista en las páginas de su diario íntimo”, *Revista de la Universidad de Madrid* V/19 (1956), pp. 323-343.

DOCUMENTO, CONFESIÓN, LEGADO, NOVELA PERSONAL...

Seco Serrano sugiere²⁹, y es razonable, que la autobiografía se escribió como introducción al diario, para cubrir lo anterior a este. En cualquier caso, fue redactada a la vez que el diario, al que reenvía con cierta frecuencia³⁰. Lo importante es que ambas obras, con formatos diferentes pero simultáneos, responden a un solo impulso y contenido, y han de ser estudiadas juntas. La suma solo cabe calificarse de asombrosa en alguien como Carlos de Borbón y Austria-Este. Entreverado con el aparato histórico-político, hay un inusitado tono de intimidad e introspección expresado con franqueza descarnada. El autor poseía talento literario, era observador, inteligente y voluntarioso, capaz de proyectar sus miedos e ilusiones. Esa dimensión psicológica es inusual en las memorias históricas españolas del XIX, pero más insospechable en alguien que se dice rey. En apariencia narrar su infancia o sus amores nada contribuyen a esa arquitectura regia que persigue. ¿A santo de qué contarnos que de niño le fascinaba observar y dibujar a los insectos (p. 30)? Pero solo es en apariencia.

Siempre parece haber tenido una afición literaria de la que habla poco –elige dar imagen de soldado, político o amante–, pero que aflora. De niño dice haber compuesto novelas; alude a unas “memorias escritas en junio de 1864” (p. 41), medio en español, medio en italiano, cuyo contenido no específica. Hay no pocas señales de la importancia que otorgaba a escribir su diario; lo incluye en su rutina diaria según un apunte del 30/X/1870: “sobre las once nos retiramos, yo escribo mis notas y luego me voy a acostar” (p. 102). Así pues, el primer móvil de la escritura es la escritura misma, y eso ya es una rareza en persona regia. Pero el asunto se torna más complejo: en los cuadernos asoman, a veces contradictoriamente, motivaciones que no suelen verse combinadas. En varios pasajes expresa que esas páginas son una lección que deja en herencia a su hijo Jaime,

²⁹ C. SECO SERRANO: “Semblanza de un rey carlista...”, *op. cit.*, p. 323.

³⁰ Al hablar de su ayo, Camilo Molza, advierte: “de quien hablé en mi *Diario* el día 30 de octubre” (p. 26). En efecto, lo menciona en las notas de ese día (p. 104), aunque el diario comienza solo una semana antes, el 24/X/1870, lo que deja una datación *post quem* muy amplia para la autobiografía. La fecha *ante quem* es más imprecisa, pero el contenido sugiere que es previa al estallido de la III Guerra Carlista, porque en cierto lugar recuerda que con menos de quince años “hice planes; planes que entonces parecían sueños, que ahora se han verificado, y que Dios quiera que se verifiquen mañana por completo” (p. 39). Parece referirse a la reorganización del partido carlista y sus conspiraciones previas a la insurrección en abril de 1872, a la que confiaba su destino político.

evocando implícitamente la tradición de “testamentos políticos” o “consejos a mis hijos” frecuentes en siglos precedentes:

Si algún día caen estas *Memorias* en sus manos, que las lea; están escritas de prisa y mal, pero hay mucho que aprender. El conocimiento de los hombres es la principal cosa para los Príncipes y los hombres serán los mismos en 1900 que en 1870. [...] Si llega, pues, Jaime a ser Rey, verá en estos mal alañados escritos, cómo se conspira, cómo muchas veces los hombres en quien uno más confiaba hacen traición, y siempre aprenderá algo. Si se queda en la emigración³¹, aprenderá a amar a España, y sabrá que su padre la amó, y que si conspiró, lo hizo porque era su deber [...] (p. 76, 25/X/1870).

Ese mismo día, en una rectificación de las que abundan en el *Diario*, anota, refiriéndose a unos fantasiosos planes sobre una confederación latina bajo hegemonía española:

Esta noche no sé lo que he escrito, pues lo he hecho de prisa, con mil interrupciones y dejándome llevar completamente por la imaginación. Si está mal, tendré de qué reír dentro de algunos años, cuando eche una mirada sobre estas *Memorias* (p. 78, 25/X/1870).

En otro lugar donde ha sido duro con ciertas personas, se disculpa: “como estas *Memorias* son para mí solo y puede ser que [esos hombres] quieran levantar cabeza dentro de poco, bueno es que tenga siempre presentes sus antecedentes y lo que ahora pienso de ellos” (p. 100, 29/X/1870). Registro personal, entonces, de ideas, experiencias e impresiones:

Deploro no haber hecho toda mi vida un *Diario* como este. Ahora me será muy difícil recordar ciertas cosas de mi vida pasada, que podrían serme de gran utilidad. Especialmente en la época de París hubo cosas de grande interés, y que hoy no recuerdo exactamente. Lo siento. Sin embargo, para remediarlo en lo posible, intercalaré, cuando venga al caso, algunos hechos pasados [...]. Lo triste es que me falta el tiempo para hacerlo como lo desearía. La idea de este *Diario* se la debo a Calderón (pp. 123-124, 5/XI/1870)³².

No obstante, menciona que su esposa leía el *Diario* y que mostraba partes a su consejero político, Antonio Aparisi y Guijarro. Y lo más revelador es que diera sus

³¹ El subconsciente traiciona: contraponer “llegar a ser rey” a “quedarse en la emigración” implica necesariamente que no cree en coronas no ejercidas. Carlos VII sabe que no es rey, aunque firme como tal.

³² Carlos Calderón y Vasco, un carlista granadino que servía de oficial en su séquito más próximo.

manuscritos a Pirala, anhelando que su voz llegara a la opinión pública, incluso a través de adversarios ideológicos. Pero, una vez más, otras secuencias manifiestan motivos de índole moral y psicológica:

Me llaman a toda prisa y siento no poder continuar, pues mucho tendría que escribir aún si quisiese solo indicar las grandes impresiones de mi vida; impresiones que son por sí solas una novela. Porque me entretienen, y como un gran libro de ciencia, porque mucho aprendo recordándolas (p. 178, 29/XI/1870).

Novela de su propia vida, entretenimiento...: no son códigos historicistas ni políticos. Y cuando desvela un oscuro asunto amoroso que hizo tambalearse su fidelidad a Margarita, da otro paso: "No quiero seguir, no puedo seguir; aunque este *Diario* es una especie de confesión, hay cosas que se pueden y se deben callar" (p. 187, 4/XII/1870). Aunque refrene el impulso, no borra lo escrito, sino que con circunloquios dibuja el contorno de "una novela nueva, una novela que es todo poesía, amor, sacrificio, pero sacrificio heroico, en el más alto grado" (p. 188). Estas páginas quizá no las enseñara a otros, o quizá sí: hay también en su escritura una confesión íntima de sentimientos profundos, con su dosis de exhibicionismo. Y suma y sigue, pues asoma una última motivación, quizá la más sutil y auténtica: la escritura es sucedáneo de la acción, calma la impaciencia de los días sin noticias, de expectativas que se dilatan e insoportables esperas:

No hay nada de particular. Si no hago nada rabio, me desespero; he tomado, pues, el primer libro que ha caído en mis manos y he leído. Era un libro de anécdotas; estas han recordado algunas de las muchas que he presenciado y para pasar el tiempo y no pensar en ciertas cosas, voy a apuntar las que me acuerdo (p. 248, 21/I/1871).

Esos registros se van entrelazando sin decantarse solo por uno, y eso es lo más jugoso de "estos papeluchos, escritos en diferentes momentos, bajo mil impresiones distintas, fastidiado unas veces, aburrido muchas, rabiando otras, en calma las más y entonces siempre animoso" (p. 307, 9/II/1871). El resultado son unos contenidos que mezclan lo público, lo privado y lo íntimo.

El relato autobiográfico narra su vida hasta 1867, aunque las dos o tres primeras páginas, según dice y es lógico, son recuerdos por vía familiar. Desde 1850 empieza con remembranzas directas: infancia, educación, estancias en Módena, Venecia, Praga, Viena..., relaciones con la familia imperial austriaca, ganas de combatir en guerras... El eje narrativo es su lucha desde adolescente por asumir los derechos legitimistas, desplazando a su padre –distante, renuente y convertido en liberal, con quien nunca tuvo trato– y enfrentándose a su madre y familia materna. En el *Diario* lo político está más presente que en las

Memorias, pero solo es una cuestión de grado. Pormenoriza el día a día de la conspiración: entrevistas, correspondencia, gestiones, planes, noticias, con detalles y sin tapujos. Sin solución de continuidad con este registro histórico rebosan asuntos privados, cotidianos y familiares, así como recuerdos, sentimientos, divagaciones íntimas y amorosas. Desde las páginas inaugurales de Pirala (“Hay en este Diario páginas admirablemente escritas, y tienen sin igual ternura las consagradas a su esposa”³³), cuantos han manejado el documento han ponderado otros méritos, a veces con tono exculpatorio. Fernández Almagro (1957) los califica de “auténticos y personalísimos textos”, ni bien ni mal escritos, sino “con noble y simpática espontaneidad” (donosa forma de no decir nada), para concluir describiéndolos como “mitad cantar de gesta, mitad novela cortesana”³⁴. Jaime del Burgo defiende el valor histórico, no solo por los detalles de historia carlista:

El Diario de don Carlos es vivo reflejo de la interesante y atractiva personalidad del más logrado de los monarcas carlistas. La historia de la conspiración que dio origen a la tercera guerra carlista se pone de manifiesto en estas páginas llenas de fervor patriótico y de actividad política. Sus juicios rotundos de la situación y de las personas que con él colaboraban es a veces duro e hiriente, y algunos tratan de disculparlo. Nosotros creemos que son el resultado de una personalidad muy superior a lo común³⁵.

La cuestión es por qué esa personalidad produjo un texto así, a la vez escritura privada para desahogo y autoconocimiento, justificación personal y testimonio histórico. Es muy inusual que esos códigos autobiográficos aparezcan combinados, y aquí lo están de modo muy estrecho y eso es lo que intentaré desentrañar. En las memorias políticas, siempre dotadas de un altísimo componente justificativo, funciona lo que en otro lugar he denominado “cuestionario implícito”³⁶: el memorialista contesta a un pliego de acusaciones o ideas preconcebidas que circulan en la opinión pública; la selección de temas, su enfoque y sus explicaciones negocian con imágenes previas, aunque no lo declaren. En el autorretrato resultante se leen, como en un palimpsesto, escrituras ajenas

³³ A. PIRALA: *Historia contemporánea...*, op. cit., p. 589.

³⁴ Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: “Crítica y glosa. ‘Memorias y diario de Carlos VII’”, *ABC* (22/IX/1957), p. 65.

³⁵ J. DEL BURGO: *Bibliografía del siglo XIX...*, op. cit., p. 174b.

³⁶ En Manuel José QUINTANA: *Memoria del Cádiz de las Cortes*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 1966, ed. Fernando Durán López, pp. 32-33.

rebatidas en parte y en parte reinterpretadas. Lo fascinante de Carlos de Borbón es que, por sus regias circunstancias y corta edad, no estamos ante un mero pliego de descargo político, sino ante su identidad como persona, sus sentimientos y su carácter moral: de ahí ese entrelazamiento entre lo público y lo privado, lo político y lo íntimo. Si se aislan los temas recurrentes de memorias y diario, aflora el cuestionario al que responde: si es un Módena o un Borbón, un extranjero o un verdadero español; si conspiró para usurpar los derechos dinásticos de su padre sin legítimo título; si su padre y su madre han actuado, cada cual por su lado, en perjuicio del carlismo y de él mismo; si ese jovenzuelo estaba preparado para reinar, cuál era su carácter y su ideario; si su carlismo era viejo o nuevo, si quería restaurar la monarquía de otros siglos o fundar una adaptada al presente; qué causó el cisma con Cabrera meses antes, una sombra obsesiva en estos escritos; si podía ser mejor jefe que Cabrera, si convenía una insurrección militar o no.

A la postre, la gran pregunta es si *se haría rey o no –ya creía serlo–*, pero Carlos no se atreve nunca a contestarla y la sustituye por otras. ¿Lo merece o no? ¿Quién es Carlos de Borbón? ¿Por qué es digno de la corona de España, al margen de derechos dinásticos? Carlos, un líder político de veintipocos años, era un enigma para todos, suponiendo que hubieran oído hablar de él. Al asumir la sucesión su nombre, rostro y personalidad no los reconocían ni los carlistas; en 1870-1871 “la mayoría de los españoles desconocía todavía mi existencia” (p. 54). Toda su propaganda –estas memorias también participan de ella– se encamina a darse a conocer y eso aboca a un desnudamiento emocional que va mucho más allá de un recuento de hechos históricos y puntos políticos controvertidos.

CÓMO HACERSE REY EN EL SIGLO XIX

Paradójicamente, Carlos traza un relato de, digámoslo así, rey hecho a sí mismo, algo ajeno al principio monárquico. El carlismo es una constante mirada –romántica y reaccionaria– al pasado, pero él se sabe un político del XIX y en eso radica el entendimiento de su misión histórica y su identidad de pretendiente:

Mi Abuelo fue un santo, pero no tuvo condiciones para Monarca, y para Monarca en el siglo XIX. Yo faltaría a mi misión si quisiera enarbolar la misma bandera que en la guerra civil. Yo soy un joven que tiene derechos a la Corona de Carlos V e Isabel la Católica; pero un joven que ha nacido emigrado y ha nacido en pleno siglo XIX (p. 416, 22/III/1871).

Alrededor de este pilar central –rey por derecho, rey sin corona, rey emigrado, rey del XIX– Carlos VII moldea en estos escritos su perfil humano y regio, y solo así se comprende que sincronice lo íntimo y lo público, y que analice su personalidad por entero, para fundir los cuatro planos en uno solo: rey por destino y carácter. La imagen resultante tiene cinco rasgos principales.

El Proscrito, el Mesías, el Salvador, acaso el Mártir

Carlos maneja códigos providencialistas que le asimilan a Jesucristo, desde su nacimiento “en una pobre fonda” (p. 19). Los padecimientos de su familia durante las revoluciones que destronaron a los Austria-Este de Módena, los destaca y exagera cuanto es capaz:

Las circunstancias todas de mi nacimiento indicaban que aquel niño que acababa de nacer, nacía proscripto, desterrado de aquella Patria que aún no conocía, pero que luego sería el objeto de todo su amor y le haría repetir con ensoberbecido acento estas palabras: “Soy español” (pp. 19-20).

Esta autobiografía es la crónica de cómo llega a ser “rey”, contra pronóstico, quien ocupaba el cuarto turno en la sucesión carlista. Antes iban sus dos tíos y su padre, que no había renunciado a sus derechos, pero sí a los principios y obediencia tradicionalista. Es, en cierto modo, la historia de una difícil autoentronización, que pende de su fe en un destino providencial oculto a todos. La pregunta más delicada de la operación propagandística es precisamente cómo accedió a la jefatura dinástica. Para ello subraya que, tras el desastre de la expedición de San Carlos de la Rápita y la flaqueza ideológica de los tres hijos de Carlos V, “la disolución del partido era casi completa y la completó la muerte de mis tíos” (p. 35), que era menester para que él fuese el salvador a quien nadie esperaba. Tras morir el conde de Montemolín “mi imaginación me lo representaba y me parecía oírle decir: ‘sigue mi obra, sigue la de mi padre, sigue la de la antigua España; no desmayes, sigue adelante y salvarás a España’” (p. 37). He aquí una *sucesión* imaginaria, rayana en lo sobrenatural, que justifica contradictoriamente que se salte a ese padre que dice que ha de seguir³⁷.

Este arranque mesiánico aflora en su *Diario* con impostados melindres de blasfemia. Al recordar que todos le abandonaban por culpa de Cabrera, se lamenta:

³⁷ El escabroso asunto de si su padre había o no renunciado a sus derechos, o si podía ser excluido de ellos, era la parte más débil de su argumentación y la trata con incomodidad.

“preferido un gran nombre, sí, pero un ruin corazón; Cabrera, es decir, Barrabás y Jesús. ¡Dios mío! ¡Qué barbaridad acabo de decir!, pues la dejo” (p. 178, 29/XI/1870). Pero no es un lapsus. El sentido romántico del deber y el idealismo político pugnan en su interior con el principio de realidad y las enormes dificultades para vencer. En las memorias y el diario hay continuos vaivenes de optimismo a pesimismo, pero nunca da la victoria por cierta y siempre habla en condicional. Ese desgarro lo resuelve sublimando su destino como un martirio, heroico sacrificio que hace la derrota tolerable y potente palanca emocional en sus incertidumbres. Cuando Maximiliano de México es fusilado en 1867:

me entusiasmaba y pensaba que si glorioso había sido su fin defendiendo un trono que no era el de España y principios que más le hubiese valido no defender, inmensa sería mi gloria, inmensa mi satisfacción, si por España, por sus tradiciones, por su libertad, por la Religión santa de nuestros padres, tuviese la dicha de sacrificarme en cumplimiento de mi deber (pp. 61-62).

La intermitente reiteración de ese glorioso destino fatal subsume cualquier duda o desaliento. Si no puede ser el Salvador de la Patria, puede ser su Redentor. De un modo u otro, un Mesías de la Providencia.

Españolidad milagrosa

Un *leit motiv* de la autobiografía es presentar la lucha entre Carlos y su madre, María Beatriz de Austria-Este, por rodearse de españoles y recibir educación española, a lo que ella se oponía por no alentar las pretensiones dinásticas, al menos mientras implicaran desafiar a su padre³⁸. No es extraño, pues, que el hilo conductor de esta autoconstrucción literaria lo trence la vocación irrefrenable de españolidad de un niño que no conocía España, ni apenas hablaba o escribía con corrección el castellano. Para muchos carlistas, su familia se había diluido en la Casa de Austria-Este y en la red dinástica del Emperador austriaco. Sus tíos y su padre se habían “liberalizado” en vidas muelles en París, en Londres, de aquí

³⁸ Alexandra WILHELMSEN: “Maria Beatrice di Austria-Este Savoia y la formación intelectual de su hijo mayor, el pretendiente Carlos VII”, *Aportes. Revista de historia contemporánea*, 13/36 (1998), pp. 69-86. La madre es presencia obsesiva en la autobiografía, porque la escribe con veintitrés años y por su papel histórico. Hay un difícil equilibrio discursivo entre su acción política y su amor filial: “pocas madres amaron a sus hijos como la nuestra: solo cuando se trataba de política, solo entonces se ponía seria y dejaba de ser con nosotros lo que de ordinario” (p. 58).

para allá... Su madre y su tío, el duque de Módena, defendían el legitimismo carlista, pero reprimiendo cualquier atisbo de reclamar la corona o implicarse en asuntos españoles. Estas memorias se escriben para proclamar que, a despecho de todo, fue un patriota español por destino y por elección. Eso nos devuelve al terreno de la Providencia:

Mi niñez, mi amor a España, es un milagro por sí. No se explica, no se comprende. La sangre dice mucho; pero no es posible que ella sola llegase a ese punto. Dios quiso que amase a España e infiltró el patriotismo en todas mis venas [...] (p. 317, 11/II/1871).

Sus años infantiles escenifican su pasión irrefrenable por lo español y su escaso aprecio hacia los italianos que le rodeaban. Subraya que su único entusiasmo como estudiante era “la lectura de las glorias de mi Patria, [que] me llenaba de noble orgullo, me complacía de ser hijo suyo y juraba no llevar indignamente el nombre de español” (p. 23). Fantaseaba con ser uno más de los grandes héroes que hicieron a “nuestra Patria señora del mundo” (p. 23). Su ayo, el marqués Molza, “tenía a mis ojos el enorme defecto de no ser español” (p. 26), pero disculpa a su madre por la presión del duque, que criaba a sus sobrinos “como si hubiéramos sido hijos suyos” (p. 26). Su hermano Alfonso le mandaba cartas “en castellano, porque sabía que con esto me daba gusto, escribía mal, pues no podía ser otra cosa: trataban de italianizarnos lo más posible” (p. 30). La marcha del P. Cabrera, su único maestro español, le causó enorme disgusto en 1860: “veía un tiro de los italianos contra los españoles” (p. 33). Sus únicos compañeros son los héroes patrios: “vivía más bien en la antigua España que en la helada Bohemia, y esto me sostenía” (p. 33). Con el tiempo se recrudece su lucha contra “los intrusos –así llamábamos³⁹ a los italianos–” (p. 40) y la rebeldía hacia su madre: “días enteros estuve encerrado a pan y agua por esta razón” (p. 40). Encontrará un aliado en la princesa de Beira, su abuela, puntal de la Causa a quien visita en Trieste y que le transfiere un estandarte mítico de la I Guerra Carlista que él recibe como una simbólica corona. En aquella casa todo se hacía a la española:

Mi abuela sentía como yo, pero no podía manifestármelo; había puesto mi madre, antes de emprender este viaje, la condición de que no me hablarían de cosas de España; creo yo que las palabras puchero, garbanzos, toros y no sé qué

³⁹ Este plural que aflora continuamente se refiere a él y a su hermano Alfonso, compañero y cómplice del todo identificado por entonces con él.

más estaban al índice; mucho más, que yo tuviese derechos que sostener y deberes que cumplir. Para estas cosas había excomunión mayor (p. 42)⁴⁰.

En el *Diario*, cuando en España y en Europa se estaba debatiendo acaloradamente qué dinastía habría de sentarse en el trono constitucional de 1869, el asunto de la españolidad se recrudece desvelando su naturaleza política. Página tras página exclama que Amadeo de Saboya es inadmisible por extranjero, que España jamás lo admitirá por eso. De ahí que necesite demostrar que él no lo es, pese a haberse criado como italiano y austriaco a partes iguales. Si es *rey*, tiene que ser *español*.

Juventud, militarismo y virilidad

Esta es la autobiografía de un joven que cree estar en la encrucijada del destino y la gloria, y que solo la alcanzará en el campo de batalla. Está además reverdeciendo un partido moribundo donde la rivalidad entre carlistas viejos y nuevos supone un parteaguas político y un conflicto cotidiano, muy asociado a sus discrepancias con los cabreristas. No extraña entonces que la exaltación de la juventud sea una constante de su autoconstrucción como héroe romántico: joven, vigoroso, ansioso de gloria, idealista y enamorado, que desprecia la podredumbre y la vejez. Recalca su vocación militar, desde que a los siete años ingresó en el ejército de Módena. Se complace en los ejercicios gimnásticos y la equitación, rebosante de brío; desatento en el estudio, impaciente, sus defectos son los de un soldado. “Las únicas lecciones que tomaba con gusto eran la equitación y la gimnasia; asistía con pasión a las maniobras y adoraba a los soldados” (p. 37). Cuando la guerra estalla en Italia:

yo rabiaba por tomar parte en ella; escribí a mi tío [el duque de Módena], a todo el mundo, pero contestaban que era demasiado niño; yo contestaba entonces que nunca es uno demasiado niño para distinguirse y adquirir gloria [...]. Pero no me hacían caso y yo rabiaba (pp. 32-33).

De nuevo en 1866 se muere por guerrear con Austria contra Italia y Prusia, pero sufre la decepción de que el Emperador se desdiga y prohíba servir en sus tropas príncipes de casas destronadas, para no crearse más enemigos (p. 51).

En una tradición tan clerical como la carlista, exhibe una religiosidad fría, carente de gazmoñería o escrupulos monjiles. Presume de que el Santo Padre

⁴⁰ Véase una larga recapitulación de su lucha por “españolizarse” en la entrada del 30/X/1870 (especialmente p. 108).

Pío IX le dio la confirmación en Módena el año 1857 (p. 27), pero como puede presumir de ello cualquier príncipe católico⁴¹. Al contrastar su carácter con el de su hermano Alfonso, dice que este es “tan bueno, que podría llamársele *santito*, pero, la verdad sea dicha, esta época no es para príncipes santos” (p. 146, 16/XI/1870). Le afea su rigidez y su puritanismo, casi beatería, buscar la virtud en vez de la gloria: “en una palabra, tiene el carácter opuesto al mío” (p. 146). Se profesan amor fraternal, pero la presencia de Alfonso le recuerda sus pecados y mundanidad. “Yo creo que el militar faltaría si practicase la religión como el fraile, o el fraile como el militar” (p. 147). De igual modo, sostiene que una princesa hermosa ha de parecerlo, vestirse bien y lucir en los salones según su rango. Otra muestra de virilidad es su complacencia en manifestar el impulso sexual, como cuando confiesa que de más joven escribía novelas que luego quemaba, “en las cuales había, según recuerdo, ciertos amorcillos, ciertos amorcillos, algo..., algo picantes” (p. 38). No se avergüenza, ni añade un acto de contrición o una protesta de moralidad cristiana, sino que se jacta, pues contribuye a perfilar a un rey joven, viril y guerrero. Por el contrario, traza asqueados bosquejos de la realeza decadente, como el del antiguo Emperador Fernando I de Austria, hombre de cuerpo y entendimiento menguados obligado a abdicar el trono en 1848 y que mantenía una corte en Praga donde el joven Borbón pasó unos años:

el Emperador no manda en nada, pues los años y las enfermedades le han reducido a la chochez. Fernando vegeta, pero es bueno, caritativo y de una exactitud que raya en pedantería; allí se hace todo con reloj en la mano. El Emperador pasa su día haciendo muecas a su viejo papagayo Gregoire, dándole azúcar y haciéndole hablar; toma luego una lección de botánica, pues tiene una memoria prodigiosa, pero memoria de nombres, memoria de papagayo. A la comida le gusta que las damas vengan vestidas con colorines, cuanto más chillones, cuanto más escotadas, más le gustan. Repite todos los días las mismas cosas y es muy caritativo, sumamente religioso. A veces tiene sus rabietas; las causa principalmente la presencia de un gentilhombre en el común cuando c...⁴²; entonces tira la peluca al suelo, pero luego se arrepiente [...]. Su figura es ridícula: una cabeza inmensa, con una frente mayor todavía, muy despejada, y todo esto sobre un cuerpecito muy pequeño. Es casi un enano (p. 32).

⁴¹ Ni siquiera aquí la realidad deja de dar una dentellada: “Dos años después [...] se echaba de Módena a mi tío y se despojaba al Santo Padre de sus estados. ¡Quién lo hubiese dicho entonces!” (p. 29). Esa protesta larvada hacia el tiempo que le ha tocado vivir es otra melodía discordante de la mística de la realeza.

⁴² El manuscrito es menos pudoroso que la edición de 1957: “cuando caga”.

Este joven que aspira a conquistar el mundo habla de un viejo caduco que tuvo todo sin querer nada; su vocación de grandeza le hace horrible la perspectiva de una corte destronada en decadente letargo –no sabe que le aguarda Loredán–, pero es también un rey hablando de un emperador, miembro de la dinastía que supone su mayor apoyo, a quien tacha de “orangután” e “imbécil” (p. 32). El hombre escribe lo que un rey no habría escrito jamás. Es sugerir que él *merece* la corona por su naturaleza, no por su sangre, sin percatarse de que el principio (romántico) de destino y de carisma no es monárquico.

La dialéctica entre jóvenes y viejos aparece de continuo en las reflexiones políticas del *Diario*: “otro servicio del Gobierno [revolucionario] ha sido atraernos la juventud, que, naturalmente, se inclina a lo noble y a lo bello” (p. 151, 17/XI/1870). “Tienen extraordinariamente más sentido común los jóvenes que los viejos; es verdad que en estos, la experiencia y las conchas muchas veces lo disimulan, si aún se conserva” (p. 428, 25/III/1871). Aspira a encontrar los mejores hombres para la fase final de la conspiración, “sin reparar en que sean muchachos, pues desgraciadamente a los viejos no les queda más que la autoridad de las canas y no sirven más que para formar o pertenecer a camarillas”; “hubo un tiempo en que creí que los viejos valían más que los jóvenes; pero la experiencia me ha enseñado que me equivoqué” (p. 440, 2/IV/1871). De algunos de sus generales asevera: “lo único que quisiera yo comunicarles son unas cuantas gotas de sangre de veintidós años; por lo visto ellos quisieran comunicarme a mí algunas más de setenta y dos años” (p. 184, 3/XII/1870).

Solo mediante el romanticismo histórico aflora una inconcreta admiración por las cosas viejas, como cuando describe el castillo de Catayo: “uno de los puntos más encantadores y poéticos del mundo; antiguo castillo con torres y almenas, con muebles y pinturas de otra época, traslada nuestra imaginación a los tiempos de plena Edad Media” (p. 30). Y si tiene que elogiar a alguien, suele decir cosas como “es todo un caballero; un caballero digno de otra época” (p. 120, 3/XI/1870, sobre el general Elío). La dialéctica entre pasado y presente, el punto justo de retroceso y de progreso que requiere la sociedad coetánea, es una clave política esencial del carlismo y a ella dedica muchas páginas, intentando distanciarse de un legitimismo rancio anclado en el Antiguo Régimen. No era una cuestión menor, él mismo fue acusado de demasiado liberal.

Amante

“Este *Diario* trata de política, de conspiración, de miserias y de grandes cosas; pero sería muy árido si no tratase alguna vez de amor” (p. 353, 20/II/1871). Otra clave de esta identidad caballerosa y viril, fuertemente literaturizada, y más burguesa que monárquica, es presentarse como enamorado de su “reina”. Se extiende en el galanteo y boda con Margarita de Borbón-Parma con entusiástico romanticismo.

Las páginas de las *Memorias* y del *Diario* de Don Carlos consagradas a Doña Margarita de Parma, su primera mujer, impresionaron a Pirala, llamaron la atención de cuantos conocieron el original inédito, y hoy para el lector del texto publicado constituyen un testimonio insuperable de aquel insuperable enamoramiento del joven Duque de Madrid⁴³.

En una reseña publicada en Barcelona, el melifluo y adulador articulista protestaba significativamente que “las expresiones de amor que sientan [...] don Carlos y doña Margarita [...] a algún periódico le han parecido impropias”, y se ve en la precisión de defenderlas⁴⁴. Eso es así porque tal grado de emoción romántica chirría en una idea sacral de la monarquía. La sentimentalización de los enlaces regios, que dejan de legitimarse por conveniencias geopolíticas y de linaje, y empiezan a procesarse ante la opinión pública mediante los códigos del amor romántico y el matrimonio burgués, es la más clara caída de registro de la realeza, cuya conducta nunca se había justificado por algo tan vulgar como el amor. Ahora las bodas regias, más necesitadas de respaldo popular y empatía social, se escenifican como romances de príncipes azules con princesas virginales. Así aconteció con la mitificada boda de Alfonso XII y María de las Mercedes de Orleáns, que al margen de los sentimientos de los novios fue la alianza política más interesada de la monarquía española del XIX. Carlos realiza en sus memorias análoga operación con Margarita de Borbón-Parma, narrando un amor a primera vista con lírica ternura. La familia ducal parmesana había llegado de visita a Venecia en 1864 y los primos se encuentran:

Entré en el salón, miré a Margarita y la encontré hermosa; un pelo rubio que parecía oro, una tez transparente, una mirada tímida que reflejó en mi alma la

⁴³ J. PABÓN: “‘No importa’...”, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁴ J. B. O.: “Libros y revistas. ‘Memorias y diario de Carlos VII’, *Hoja del Lunes* (12/VIII/1957), p. 14.

suya. La miré por segunda vez y dije: “Es hermosa, su alma debe ser grande, quiero que sea mía”. Estaba enamorado de ella y no lo sabía (p. 45).

El relato de los tres años de galanteo es de un sentimentalismo apasionado, rancio en ocasiones en la cursilería y del todo imbuido en los códigos amorosos romántico-burgueses. Don Carlos llama a Margarita “mi chica” (p. 47); se empecina ante su posible suegra en el noviazgo, aplicando el bizarro principio de “pobre importuno saca mendrugo” (p. 48); del inicial rechazo de la cortejada dice:

Margarita *me dio calabazas*, la picarona; pero a pesar de las calabazas, me confesó después que le dio gusto oír que yo la quería. ¡Ah, picarona, picarona! Te dio gusto, sí, pero me diste calabazas (pp. 48-49).

Celos, bailes con apretones de manos subrepticios, cortejos en parques y bosques. En febrero de 1867 se celebró el casorio y don Carlos cuenta con ardor adolescente la ansiedad por intimar el día de su boda, pues la etiqueta les impedía quedarse solos. Es admirable esta pulsión erótica en un relato “regio”:

yo iba solo en un coche con mi amor; pero luego tuve que subir al tren y por nuestra desdicha, se encajaron todos los parientes en el mismo vagón; solo en los túneles nos atrevíamos a besarnos, y son pocos los túneles entre W. Neustadt y Viena (p. 60).

El amor que Carlos profesa a Margarita sin duda era sincero, aunque no estaba reñido con una vida sexual extramarital que daría mucho que criticar en la corte de Estella, donde abundaba el puritanismo clerical y la “reina” era objeto de adoración⁴⁵. No se trata de cuáles eran los sentimientos auténticos, sino de qué representación como rey quiere hacer en unos escritos que bien sabe que no son solo para él. Asume códigos sentimentales ajenos a la fría solemnidad de los monarcas antiguos, ninguno de los cuales habría concebido escribir: “nuestro amor no es susceptible de aumento, no puede ser más grande. Otros habrán amado tanto, más no” (p. 61). Pero no deja de ser una necesidad política, pues todo rey requiere una reina, que en su caso ha de españolizarse: “Veía con gusto que Margarita tenía un corazón tan español como yo” (p. 62). El último giro de este complejo relato es que tiene flaquezas en su amor. En una expansión emocional escrita el 4/XII/1870 confiesa, entre reticencias y misterios, algo que solo cabe interpretar como su enamoramiento meses antes de una mujer superior que le enseñó el camino de un “sacrificio heroico” (p. 188): anteponer su deber

⁴⁵ J. PABÓN: “‘No importa’...”, *op. cit.*, p. 16.

patriótico a los impulsos de su corazón, y el amor conyugal a la pasión adultera. El lenguaje es vago, porque sabe que esas cosas degradan la imagen romántica conyugal que está levantando, pero hay una necesidad de registrar que su amor por Margarita es también una entrega a la Patria y un freno a sus deseos egoístas. Alterna el código conyugal con la también romántica atracción del amor fatal y disolvente, pero el destino patriótico lo ata al primero.

Conocerse a sí mismo, perdonar al conspirador

Así pues, quizá lo más asombroso es el fino y fiero esfuerzo de autoanálisis. Está continuamente observándose y definiéndose, más con lenguaje de héroe literario que de figura histórica. Su orgullo se bate a menudo con el principio de realidad, las dudas y el miedo a fracasar. Cuando la autobiografía empieza a registrar sus propios recuerdos, lo primero es trazar su semblaiza moral:

Pronto pudo conocerse mi carácter: ardiente, con una imaginación viva y un corazón naturalmente inclinado a lo noble y a lo bueno, aunque con bastantes defectos: los que suelen ordinariamente acompañar a estas cualidades. Tenía mucho orgullo; miraba a los demás, si no con desprecio, con altanería, pues me creía muy superior a ellos y no sufriía de nadie ni una mirada, ni una palabra que me pareciera impertinente. Amaba la gloria con delirio y soñaba ganarla un día en los campos de batalla. No comprendía el odio y menos la venganza; me parecía que la mejor venganza era hacer el bien al que me hubiese hecho mal (p. 23).

El mensaje bien podría traducirse así: hasta mis pecados son regios. Si se compara con su santurrón y virtuoso hermano, él siente que busca más allá de la virtud:

yo, cuando hago alguna cosa buena, la hago, además que por las razones indicadas, por la gloria que puedo obtener después, y, ¿por qué negarlo?, así he nacido, sé muy bien que no valgo lo que mi hermano, pero en mi carácter mismo llevo el castigo (p. 147).

El vaivén a veces le lleva a vencerse heroicamente, como al recapitular su conducta en la crisis con Cabrera, una prueba de voluntad y un sacrificio:

Mi orgullo fue humillado; pero en esta ocasión me persuadí de que tengo carácter, me vencí a mí mismo, me vencí hasta lo último, fui hasta donde ninguno de los que se creen tan llenos de abnegación hubiese llegado (p. 207, 21/XII/1870).

Y otras veces, en estas cavilaciones –casi ejercicio de autoayuda–, la impresión es más sombría y su mérito solo adquiere un valor relativo, burgués, antiheroico:

en este momento no hay grandes hombres en España. Por eso yo —que soy una medianía, pero una medianía con corazón y sentido común— confío mucho en mí, porque soy el único que representa algo en España, el único que tiene una bandera fija, el único que quiere salvar a la Patria (p. 204, 19/XII/1870).

Para terminar, a Carlos de Borbón y Austria-Este, que se cree Carlos VII de España, le mortifica ser un rey político, un rey conspirador. Se debate entre la reverencia de la realeza y lo que esta puede ser en sus días. Uno de sus conflictos morales es tener que justificarse por ello, y explicarlo por la nobleza de su propósito y lo crítico de las circunstancias. “Estamos en tiempos en que el Rey debe ser el primer conspirador” (p. 322, 12/II/1871). A su hijo Jaime le transmite el dolorido mensaje de “que si conspiró, lo hizo porque era su deber” (p. 76, 25/X/1870). Como suele ocurrir, este compungido movimiento de aceptar la realidad como un sacrificio, se contrapone a un gozo aventurero menos quejoso. Cuando abandona Suiza a fines de 1870 para pasar a la clandestinidad en la frontera francoespañola, se recrea en los lances de identidades falsas, movimientos de despiste, sobornos, disfraces, alojamiento en fondas, ardides, ocultación de correspondencia, claves convenidas… “Soy el Rey, pero como he sido el primer conspirador, debo ser también el mejor soldado. [...] Hoy no se heredan los tronos, se conquistan” (p. 232, 31/XII/1870)⁴⁶.

DAMAS Y MUJERZUELAS, O EL PROBLEMA DE LA OPINIÓN PÚBLICA

Resumo las notas de carácter que presiden las memorias y el diario del duque de Madrid: se presenta como un rey hecho a sí mismo, con un destino providencial que ha materializado a pulso con indoménable voluntad; exhibe una patente ambición ascensional, está obsesionado por su estatus, pero también es un caballero romántico con amores sentimentales dignos de una novela. Y a la vez conspira, es un político práctico; de férrea convicción, aunque lleno de dudas. Nada de esto se compadece demasiado con la mística y el aura de las viejas

⁴⁶ Que la conspiración es honrosa en política y puede entenderse como un mérito patriótico es, sin embargo, parte de la ética revolucionaria del XIX, pertenece al imaginario del enemigo, Fernando DURÁN LÓPEZ: “Conspiraciones, patriotismo y egos revolucionarios en cuatro memorias justificativas de la primera mitad del XIX”, en Eva María FLORES RUIZ y Fernando DURÁN LÓPEZ (eds.): *Guerras de soledad, soldados de infamia. Representaciones de combatientes irregulares, clandestinos o mercenarios en la literatura española*, Palma de Mallorca, Genuve Ediciones, 2018, pp. 77-97.

monarquías, y sí en cambio con los valores burgueses y el sentimentalismo demonónico. Pero sobre todo hay que preguntarse para quién escribe este autorretrato, qué lectores tiene en mente incluso si jamás estuvo dispuesto a que estas páginas se leyesen por muchos. La respuesta es que piensa en la opinión pública de su época, de la que es esclavo, sin saberlo o sin atreverse a confesárselo.

Pabón razona que los dos principios esenciales del sacramento de la realeza son la continuidad de la dinastía y la absoluta identificación con el pueblo sobre el que reina y al cual simboliza en su persona⁴⁷. Pero en las dinastías destronadas faltan ambos sustentos:

en el destierro la continuidad de la dinastía, al carecer de la realidad concreta del trono, sufre una real solución de continuidad, está afectada por un tajante vacío. Y la identificación ha de mantenerse respecto a la patria lejana y perdida, generalmente por el titular de la soberanía para con el pueblo que le tiene, alejado, en el destierro. Puede ser considerado el caso de otra manera: como una pugna entre la vida real del destierro –vida privada, particular, burguesa– y la vida pública, esto es, la realeza, reducida al símbolo, al mundo ideal. Entre lo real y lo ideal, ¿qué es, para el príncipe desterrado, lo posible? No debe admitir, no puede aceptar la realidad del destierro que le es dada, y no puede lograr la realeza que, al mismo tiempo, se le exige y se le niega⁴⁸.

El problema *personal* de Carlos de Borbón es que no puede ejercer el papel *público* al que está destinado, de forma que su reflexión no es cómo actúa un rey, sino cómo ha de actuar él para serlo. Cualquier página escrita y cualquier acto suyo suplican un reconocimiento ajeno, y por consiguiente abaten la soberanía que dice ostentar. Carlos VII recibió el fervor de los suyos por haber sido en pureza el primer rey *carlista*. Carlos V era infante de España y estaba convencido de su mejor derecho a la sucesión, así que nunca se sintió *carlista*, sino un Borbón usurpado. Carlos VI y sus hermanos fueron intermitentes y huidizos en sus pretensiones, descreían de su papel. Carlos VII sí se concibió, desde el principio y en su totalidad humana y política, como el rey de los *carlistas*, devoto no de un trono heredado, sino de un derecho negado. Instaura la estirpe melancólica que marcará desde entonces la Causa.

Saca su orgullo de rancia realeza cuando se compara con otros. En su vida clandestina en Dax a comienzos de 1871 le horroriza sujetarse a una impuesta domesticidad burguesa, porque la familia que les aloja “es cursi, sobradamente

⁴⁷ J. PABÓN: “‘No importa’...”, *op. cit.*, p. 38.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 39.

cursi; y la ordinariez es lo que más repugna a Margarita. Figúrense ustedes⁴⁹ cuando Poveda entra a nuestro cuarto, pega a Margarita con el bastón y a mí me llama *galopín y mal criado*" (p. 418, 23/III/1871). Es insufrible vivir como un burgués, otro sacrificio por la Causa. También por eso le es despreciable Amadeo, su rival, a quien cree indigno de la corona. Pero, al despreciarlo, desvela un ideal de rey que, al final, él tampoco es capaz de encarnar:

Amadeo se está poniendo cada día más en ridículo; sale solo a caballo, con dos lacayos y de paisano; nadie le saluda, pasa su día saltando por encima de su perro y el perro de él. [...] Eso de barrer la nieve, de tomar una butaca en el teatro, todo eso le ridiculiza en vez de popularizarle (p. 289, 5/II/1871).

Cuando habla de su tío el duque Francisco V de Módena, rebosa la envidia de un pasado que no volverá: "reinaba y gobernaba no poco a la manera de los antiguos señores feudales; pero con todo, sus súbditos eran felices, casi no pagaban, y la vida era muy barata" (p. 21). El gesto de valorar la vida en monedas de curso legal es bien burgués, pero si el dinero no forma parte de la ética de la realeza, sí es vital en el gobierno de los pueblos, y más aún en los intentos de levantar un ejército y conspirar por el trono⁵⁰. La oscilación entre el más exaltado idealismo y las mezquindades materiales que exige el ideal es una clave de su continua tensión emocional entre la realidad y el deseo. Un rey no puede ser un hombre común, que haga cosas comunes y viva como un burgués. ¿Pero cómo habría de ser otra cosa en un régimen parlamentario y de opinión pública? ¿Subsiste la monarquía si se aburguesa? Él tiene claro que no, para él una monarquía parlamentaria es una contradicción inasumible y la opinión pública ha de ser guiada con mano firme:

de los dichos de mujerzuela, si no nace, se puede al menos conocer esa opinión pública, esa gran señora que es reina y señora del mundo, que es causa de los grandes acontecimientos y que deben tener muy en cuenta los políticos, no para seguirla, pues las más de las veces seguirían una cosa ruin y baladí, sino para dirigirla y hacerla marchar a la baqueta por donde convenga a la cosa pública; a la baqueta en realidad, pero aparentando siempre ser por ella dirigida, pues es una señora muy coqueta que, por el placer, por la vanidad, hará mucho. Se la mandará, podrá mandársela a zapatazos, pero siempre deberá tenérsela las consideraciones de una gran dama, pues

⁴⁹ Si no me equivoco es la única vez que se traiciona la existencia de unos lectores, un auditorio público.

⁵⁰ El dinero es asunto recurrente en el texto y uno de sus mayores quebraderos de cabeza como conspirador. De la II Guerra Carlista dice: "solo a la falta de dinero y de todo género de recursos debe atribuirse la entrada en Francia de ese ejército de valientes" (p. 20).

gran dama es en la apariencia, aunque tenga sus pecadillos en la verdad, aunque en la realidad no pase de una mujer liviana que vende su cuerpo. Si la opinión pública se vende, no tiene opiniones: se la compra a veces con dinero; las más se la atrae por la concupiscencia, el placer; pero esa opinión, en medio de sus vicios, tiene corazón, tiene entusiasmo. En los momentos solemnes difícil es comprarla, difícil es seducirla; tiene alma y ama lo bello. Si sigue lo feo y lo repugnante, lo sigue porque le parece bello y noble; porque es, como la juventud, entusiasta, frívola, variable, pero de buen fondo, inclinada siempre a lo grande o a lo que aparente serlo, a lo noble o a lo que le parece noble (p. 186, 3/XII/1870).

Si la opinión pública era una ramera que vende su cuerpo, solo cabe agotar el símil concluyendo que don Carlos fue un esforzado cliente que pagó un altísimo precio y al final se quedó sin el dinero y sin el cuerpo. El Pretendiente era un reaccionario⁵¹, pero a lo poético, tenía una genuina mirada literaria sobre la vida, sobre sí mismo y su destino. Parte de esa autopoetización es su delirio de control y sabiduría, su ilusión de que está moviendo los hilos de la política y los destinos de la patria como quien doma un caballo salvaje, ya a golpe de espuela, ya con la seducción y los halagos, ya con una habilidosa monta. Habla con adoración del “pueblo español”, pero cuando se trata de hacer política lo que aparece es la cara sucia de ese ideal: la corrupta y corruptora opinión pública que le ha tocado vivir.

Sin embargo, sus ensoñaciones regias se pelean a brazo partido con la realidad y en los momentos de mayor pesadumbre le atenazan los miedos. Entonces se conforma con menos: “Yo no temo una tragedia. Lo que temería sería un sainete” (p. 232, 30/XII/1870). Es lo que procura con denuedo, no solo con la espada, sino con la pluma. Ya que ha de pagarle a la ramera, solo queda elegir hacerlo al modo trágico o al sainetesco, y creer que eso supone alguna diferencia. Todo el *Diario* trasluce ese autoengaño, pues cada página, de la primera a la última, está escrita bajo la tiranía de la opinión pública, de la que es esclavo soñando con ser su amo. Cuanto dice y cuanto dice que hace no tiene más mira que ganarse a la

⁵¹ Gran parte del *Diario* está ocupado en la alianza electoral por la que republicanos y carlistas se apoyaron mutuamente en las elecciones tras la llegada de Amadeo, a fin de derrocarlo. Para muchos legitimistas llenar las urnas era una traición ideológica, pero Carlos defiende usar el sistema en su conveniencia para vencerlo, con absoluto maquiavelismo. “No hay para qué decir que el sistema electoral es cosa que repugna en sumo grado a los carlistas, por ser práctica ajena a su escuela y porque en ella, constante e invariablemente han visto una farsa indigna destinada a falsear la opinión y a introducir el desconcierto y los odios en los pueblos” (p. 321, 12/II/1871). Estos desajustes entre rey ideal y político taimado son constantes. Hablando de gestiones diplomáticas: “Todo debe intentarse. Enrique IV no se avergonzaba de pedir y por eso fue Enrique IV” (p. 335, 15/II/1871).

opinión pública española en los términos en que ella ha establecido su irrestricta soberanía en el siglo XIX. Quejarse es el único gesto (¿trágico o sainetesco?) que le resta para disimular que es un rey sin corona en tiempos donde las coronas las entrega la opinión pública. La mayor verdad es la que nunca se dice, la más humillante: que un rey no escribe su vida ni desvela su intimidad, ni traiciona sus flaquezas, que esos son pecados burgueses. “Bastantes contemplaciones ha habido, bastante debilidad; es uno tan fuerte como aparente serlo” (p. 236, 7/I/1871). A aparentar, pues, Majestad.

LA DINASTÍA INCLAUDICABLE. EPÍLOGO FRANQUISTA

La última mueca trágico-sainetesca de las fascinantes memorias de este rey imposible es que solo hallaran el cauce hacia la patria anhelada cuando la Comunión había devenido en melancólico apéndice de una dictadura modelada sobre una disfuncional mezcolanza de conservadurismos tradicionales, totalitarismos modernos y vetustos autoritarismos militares. Los carlistas participaron en el golpe de 1936 y fueron integrados en el partido resultante de unificar Falange y los demás grupos, aunque nunca renunciaron a su personalidad y a su agenda, más teórica que operativa: restaurar una monarquía católica e iliberal en alguien de su desbarlada dinastía. Ante el patente deseo de Franco de sujetar a su obediencia todas las facciones sin decantarse por ninguna, falangistas, carlistas, juanistas y democristianos, entre otros, mantuvieron su propaganda y acción política –y sus rivalidades– sin salirse de los márgenes del régimen, del que constituyan una “familia”, y en el peor de los casos rebasando esos límites de forma moderada, cuando no meramente simbólica: los castigos nunca eran comparables a los reservados a la verdadera oposición al régimen.

El libro de 1957 es uno de los muchos que los carlistas publicaron para su consumo interno a fin de mantener su proselitismo y su tradición, reivindicando a su “rey” más carismático. El editor fue el periodista Bruno Ramos Martínez (1886-1964), activista del carlismo desde su juventud⁵². La sobrecubierta

⁵² Ramos perteneció durante la República a la rama extrema de la Comunión que se oponía a cualquier fusión con los alfonsinos y propugnaba la sucesión en Carlos Pío de Habsburgo-Borbón, nieto por vía femenina de Carlos VII. Rechazó por tanto a Alfonso Carlos I, quien lo expulsó. Antes de la guerra dirigió varios periódicos, después fue funcionario en el ministerio de Justicia.

lucía una gran fotografía de busto, con porte de retrato oficial, donde el barbado pretendiente despliega condecoraciones sobre el uniforme. El título de “Carlos VII” figura al pie en grandes letras. En la contraportada se muestra el escudo de los requetés, enlazando históricamente el carlismo decimonónico con el actual⁵³: no es otro el designio de la edición, que se remacha en una ditirámrica dedicatoria “A los Mártires de la Tradición” que proclama la perpetua fe en la “Dinastía Inclaudicable”, lo cual implica un proyecto político vivo para 1957⁵⁴. Abundando en la sacralidad regia, una lámina de anteportada estampa otra foto del anciano algo más informal: de pie y de cuerpo entero, con boina y abrigo, y un gran perro a sus pies. Bajo ella: “S. M. Don Carlos VII (Autor de este ‘Diario’)”. Pero al respecto del mensaje político que quiere transmitirse, no hay más que dar la palabra al editor, quien proclama en el primer renglón que “no se publica este libro solo para el pueblo carlista” (p. 7), sino para cuantos comparten su mismo patriotismo y aprecian su legado histórico, “aun no comulgando plenamente con los ideales que aquel propugnara” (p. 7). El carlismo queda sublimado por elevación:

El valor intrínseco de este “Diario” es notorio. Lo comprenderá así quien repare que el autor llevó a sus páginas los hechos más importantes de esa época, vistos o realizados por él, en relación principalmente con la Causa que acaudilló y la España de sus patrióticos fervores, que mediante los principios representados en la Bandera de Dios, Patria y Rey, quiso ardientemente salvar, como lo reconocen sus propios enemigos, y lo consiguió en gran parte, ya frenando los avances de la Revolución liberal, ya transmitiendo el bélico entusiasmo por las tradiciones nacionales hasta las generaciones de nuestros días, de las cuales surgieron los bravos Requetés, que, emulando las proezas de sus mayores, combatieron heroicamente en la última Cruzada al lado del Ejército, de los falangistas y de

⁵³ La cruz de Borgoña roja sobre fondo blanco, inserta en un águila bicéfala negra con corona real. Los requetés, aunque su origen está en unidades carlistas de las guerras del XIX, se crearon a principios del XX como unidad juvenil paramilitar de la Comunión y fueron la principal unidad de guerra carlista en la guerra civil.

⁵⁴ “A nadie con más derecho y méritos que a vosotros, Mártires gloriosos de la Tradición y de la Patria, podía dedicarse este *Diario*, escrito por el Monarca que, como sus antepasados en la Dinastía inclaudicable, os condujo tantas veces a la victoria, y por quien sacrificasteis gustosos la vida en los campos de batalla y en las amarguras del destierro. Pedid desde el Cielo al Todopoderoso que bendiga esta obra para que su lectura siga inflamando los corazones de quienes, sin desmayos ni claudicaciones, caminan por las rutas que vuestro sacrificio dejó abiertas, y para que, según vosotros lo hicisteis, puedan transmitir también a las generaciones futuras la Bandera inmaculada de las santas Tradiciones”.

otros elementos sanos del país, bajo la espada victoriosa del Generalísimo y Jefe del Estado (p. 13).

Y es así, entonces, que, en virtud de la propiedad comutativa, el directo eslabón que encadena la Causa de Su Majestad Católica Carlos VII con la Cruzada de Su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, traza una esperable pero perturbadora sucesión entre un rey que nunca pretendió ser menos que un rey a la antigua y un dictador militar que encarna el autoritarismo brutal y totalitario del xx. Bruno Ramos sugiere que Franco encarna el legado de Carlos VII sin siquiera postular que lo haya de depositar en un heredero de sangre azul, y de tal modo la sacralidad regia de la monarquía (y su retahíla idiosincrática de patria, religión y tradición) sobreviviría trasfundida en un nuevo receptor, que es lo más alejado a un rey que imaginarse pueda. Para eso quedaron los últimos monárquicos a la antigua usanza después de todas las transformaciones que habían barrido el Antiguo Régimen. Bien podríamos afirmar que Franco fue, paradójicamente, el último de los “reyes” carlistas.